

La seguridad de EE UU en un mundo unipolar

Zbigniew Brzezinski

Una paradoja caracteriza la actual posición internacional de EE UU. Nunca ha sido mayor su poder, pero nunca había perdido tanta credibilidad. La razón no es otra que la visión estrecha y radical de la política exterior mantenida por esta administración.

Hace cuarenta años, un importante mensajero fue enviado al exterior por el presidente de Estados Unidos. Nuestro país afrontaba la perspectiva de una guerra nuclear: eran los días de la crisis cubana de los misiles. Se envió a varios emisarios a visitar a nuestros principales aliados. Uno de ellos fue un ex secretario de Estado, Dean Acheson, cuya misión era la de informar al presidente francés, Charles de Gaulle, y pedirle su apoyo en lo que podía convertirse en una guerra nuclear que involucraría no sólo a EE UU y a la Unión Soviética sino a la Alianza Atlántica y al Pacto de Varsovia.

Acheson informó al presidente francés y luego le dijo, al terminar su exposición, que quería mostrarle las pruebas: "Las fotografías que tenemos de los misiles soviéticos armados con cabezas nucleares". De Gaulle le contestó que no quería verlas: "La palabra del presidente me basta. Por favor, dígame que Francia está al lado de EE UU".

¿Reaccionaría hoy del mismo modo un líder extranjero ante un enviado estadounidense que le dijera que un país dispone de armas de destrucción masiva (ADM) que amenazan a EE UU? Esta pregunta contiene muchos elementos para la reflexión. Hace 53 años, casi en el mismo mes que siguió al asalto, auspiciado por los soviéticos, de Corea del Norte a Corea del Sur, la Unión Soviética boicoteó una propuesta de resolución en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para dar una respuesta colectiva a ese acto de agresión. Su actitud dejó sola en la oposición a la URSS, estigmatizándola como un paria global.

En las últimas semanas, ha habido dos votaciones sobre Oriente Próximo en la Asamblea General de la ONU. En una de ellas, el voto fue de 133 a cuatro. En la otra, de 141 a cuatro, que eran EE UU, Israel, las islas Marshall y Micronesia. Todos nuestros aliados de la OTAN votaron con la mayoría, incluido Reino Unido, los así llamados nuevos aliados en Europa –de hecho casi toda la Unión Europea– y Japón. Cito estos hechos porque creo que subrayan dos fenómenos perturbadores: la pérdida de credibilidad de EE UU y su creciente aislamiento internacional.

Ambos acontecimientos pueden resumirse en una inquietante paradoja referida al papel y posición de EE UU en el mundo actual. El poder norteamericano está en su cenit histórico. Pero la posición política global de EE UU está en su sima. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? Estos son los hechos. Y además medibles. Son también perceptibles cuando uno habla con amigos extranjeros que simpatizan con EE UU, que valoran lo que nosotros apreciamos pero que no entienden nuestra política, que están preocupados por nuestras acciones y perplejos por lo que perciben como

Calle 8 N° 390 La Plata Pcia. Buenos Aires
demagogia o falsedad.

Razones de un aislamiento

Quizá la explicación sea porque somos ricos, y lo somos; y poderosos, y ciertamente lo somos. Pero si alguien piensa que ésa es toda la explicación, creo que está optando por la salida más fácil y cayendo en una justificación autocomplaciente. Debemos tener en cuenta dos circunstancias desafortunadas. Desde la tragedia del 11 de septiembre de 2001, que comprensiblemente conmocionó y enfureció a todos en este país, se ha adoptado cada vez más en todos los niveles oficiales, lo que creo puede llamarse claramente “una visión paranoica del mundo”. Se puede resumir en una frase utilizada reiteradamente en las altas esferas: “Quien no está con nosotros, está contra nosotros”.

Y digo reiteradamente porque meses atrás chequeé en el ordenador para ver con qué frecuencia ha sido utilizada en las declaraciones públicas de nuestros principales dirigentes. La cuenta fue de 99 veces. Así que se trata de una frase que refleja una percepción muy arraigada. Sospecho que quien la utiliza desconoce sus orígenes históricos o intelectuales. Fue una frase utilizada por Lenin cuando atacó a los socialdemócratas acusándoles de ser antibolcheviques y, por tanto, aquél que no está con nosotros está contra nosotros y puede ser tratado en correspondencia. Esa frase es parte de lo que podría considerarse como el enfoque definitorio central que nuestros responsables políticos asumen para determinar la posición de EE UU en el mundo y que se resume en las palabras “guerra contra el terrorismo”. Esa guerra define la principal preocupación de EE UU en el mundo y refleja, en mi opinión, una visión estrecha y extremista de la política exterior de la primera superpotencia, de una gran democracia con tradiciones genuinamente idealistas. La segunda condición, muy preocupante, que contribuye desde mi punto de vista a la crisis de credibilidad y al estado de aislamiento en la que se encuentra hoy EE UU, se debe en parte a que esa visión sesgada del mundo se intensifica por un miedo que bordea el pánico, y es en sí mismo ciego. Con ello me refiero a la ausencia de una percepción precisa de lo que ocurre en el exterior, sobre todo en relación a asuntos de una importancia central como la proliferación, la accesibilidad o la disponibilidad en manos extranjeras de ADM.

Hemos sido testigos en los últimos meses de un fracaso sin precedente de los servicios de inteligencia, quizá el más significativo en la historia de EE UU. A él contribuyó una demagogia extremista que hace hincapié en los peores escenarios que estimulan el miedo y que produce una visión dicotómica muy simplista de la realidad mundial.

Creo que es importante que nos preguntemos como ciudadanos, no como demócratas que critican a la administración, si una potencia mundial puede realmente ejercer un liderazgo global sobre la base del miedo y la ansiedad. ¿Puede de verdad lograr el apoyo, especialmente el de los amigos, cuando les decimos que si no están con nosotros están contra nosotros?

Es necesario un debate serio en EE UU sobre el papel internacional de nuestro país, y no creo que éste pueda satisfacerse con una abstracta, vaga y cuasi-teológica definición sobre la guerra contra el terrorismo como la preocupación central de EE UU en el mundo actual. Esta definición del desafío, en mi opinión, simplemente reduce y simplifica en exceso unos retos que deben abordarse desde un frente más amplio.

La actual definición tiene que ver más con abstracciones que con hechos concretos. Teologiza el desafío. No apunta directamente al problema. Se refiere a un fenómeno mucho más extenso, el terrorismo, como el enemigo, soslayando el hecho de que éste es una técnica para matar gente. Y no nos dice quién es el enemigo. Es como si diéramos que la Segunda Guerra mundial no era contra los

Calle 8 N° 390 La Plata Pcia. Buenos Aires

nazis sino contra la blitzkrieg. Necesitamos preguntarnos quién es el enemigo, y los enemigos son terroristas.

Pero no se trata de una gente abstracta, definida de un modo teológico, para citar otra vez a nuestros más altos portavoces: "Gente que odia cosas, mientras que nosotros amamos cosas". Por no mencionar el hecho de que, desde luego, los terroristas odian la libertad. Creo que, en efecto, odian. Aunque no pienso que se sienten en algún lugar odiando la libertad en abstracto. Odian a algunos de nosotros. Odian a algunos países. Odian algunos objetivos específicos. Pero se trata de algo mucho más concreto que esas vagas formulaciones pseudoteológicas.

Recuperar la tradición

Creo que en el fragor del debate los demócratas no deberían llevar la contraria sólo porque sí. Ciertamente tampoco deberían ser animadores incondicionales del poder, como algunos lo fueron hace casi un año. Pero deberían hacer hincapié en recuperar los principios fundamentales de la política exterior de EE UU. Además de ese interés sobre los principios básicos, los demócratas deberían insistir en que la política exterior en una democracia como EE UU debería estar basada en el bipartidismo porque éste es el medio y el marco para formular políticas fundamentadas en la moderación y el reconocimiento de la complejidad de la condición humana.

Ésta ha sido la tradición desde los días de Harry Truman y el senador Vandenberg hasta los últimos tiempos. Ésta ha sido también la base para una política exterior de EE UU de éxito y que nos ha conducido no sólo al triunfo en la guerra fría sino a emerger como la única superpotencia mundial con responsabilidades únicas. El bipartidismo ayuda a evitar los extremos y los desequilibrios. Promueve compromisos y ajustes. Así que cooperemos. Cooperemos y desafíemos a la administración para que coopere con nosotros porque dentro de la administración también hay moderados y personas que no están completamente a gusto con las tendencias que han prevalecido en los últimos tiempos. Todo esto tiene varias implicaciones específicas de naturaleza política. La primera y más importante es subrayar el carácter duradero de las alianzas, en especial con Europa, que comparte nuestros valores e intereses aun cuando esté en desacuerdo con nosotros en algunas políticas concretas. Pero el hecho de compartir valores e intereses es fundamental, y compartimos las mismas creencias básicas.

No podemos tener esa relación si sólo ordenamos, amenazamos y condenamos a quienes muestran su rechazo. A veces podemos tener razón. A veces ellos pueden tener razón. Pero hay algo trascendental en los valores compartidos que no debería subordinarse a los requerimientos tácticos. Deberíamos buscar la cooperación con Europa, no dividirla en una ficticia "nueva y vieja Europa". Deberíamos reconocer que en algunas partes del mundo los europeos tienen más experiencia y conocimiento que nosotros y ciertos intereses tan importantes como los nuestros. Pienso, sobre todo, en Oriente Próximo. Por tanto, deberíamos apoyar una Europa ampliada, y al hacerlo deberíamos esforzarnos por extender la zona de paz y prosperidad en el mundo que es el fundamento necesario para un sistema internacional estable en el que nuestro liderazgo pueda ejercerse de forma fructífera.

Como parte de ese proceso de construcción de una zona de paz más amplia también debe involucrarse a Rusia y atraerla hacia una relación más estrecha con Europa y con la comunidad euroatlántica. Pero sólo lo podremos hacer si tenemos claro lo que estamos buscando para conseguir esa estrategia. Yo diría que lo que deberíamos buscar sin ambigüedades es la promoción de la democracia y la transparencia en Rusia y no el tipo de ayuda táctica específica pero no siempre útil que se obtiene al precio de comprometer incluso nuestro propio concepto de lo que

Calle 8 Nº 390 La Plata Pcia. Buenos Aires

es la democracia.

Me preocupan los respaldos incondicionales a un gobierno de ex agentes de la KGB como si se tratara de una democracia madura. Ése ha sido el juicio emitido de nuevo por nuestras más altas instancias en las últimas semanas sin ninguna justificación para ello. Pero, en justicia, debemos decir que algo de eso ya ocurría antes de que esta administración asumiera el poder.

Deberíamos ser conscientes de ello. Si vamos a buscar una política bipartidista, estemos dispuestos también a aceptar algunas de nuestras equivocaciones. Pero si Rusia debe ser parte de esa zona de paz ampliada, no puede llevar consigo su bagaje imperial ni una política genocida contra los chechenos; no puede matar periodistas, y no puede reprimir a los medios de comunicación.

Creo que deberíamos ser sensibles a esos hechos, incluso si arrestan a oligarcas con quienes algunos de nuestros propios conciudadanos tienen intereses compartidos. Eso no debe contar con nuestra aprobación. Debe ser condenado, pero con seguridad hay razones más profundas para señalar que es importante que Rusia debería moverse hacia la democracia.

Aumentar la extensión de la zona de paz es construir el núcleo interior de una zona internacional estable. Si bien EE UU tiene la supremacía, no es omnipotente.

Necesitamos a los europeos. Necesitamos a la UE. Tenemos que esforzarnos por atraer a Rusia, mientras al mismo tiempo somos muy claros en lo que aún descalifica a Rusia como miembro genuino de la comunidad de los Estados democráticos y respetuosos de la ley.

Irak y Oriente Próximo

En segundo lugar, tenemos que tratar con esas partes del mundo que son conflictivas e intentar transformarlas en una zona de paz, y eso significa, sobre todas las cosas, Oriente Próximo. Debemos tener éxito en Irak. El fracaso no es una opción. Pero una vez dicho esto, debemos preguntarnos cuál es la definición del éxito. ¿Más muertes, más represión, una contrainsurgencia más eficaz, la introducción de nuevos dispositivos de carácter tecnológico para aplastar la resistencia –o como quiera que uno desee llamarla– o al terrorismo? ¿O es un esfuerzo deliberado para promover una solución política mediante el uso de la fuerza? Y si ha de haber una solución política en Irak, pienso que deben cumplirse dos requisitos tan rápidos como sea factible. El primero es la internacionalización de la presencia extranjera en Irak, respecto a la cual se ha perdido demasiado tiempo y que va a ser difícil obtener, a pesar de esos éxitos un tanto dialécticos con los que estamos definiendo nuestros progresos en Irak.

Además de la internacionalización de Irak, debemos transferir el poder tan pronto como sea posible a una autoridad iraquí soberana. Soberanía es una palabra que se utiliza con frecuencia pero que realmente no tiene un significado específico. Hoy la soberanía es nominal. Cualquier país soberano, lo es sólo nominal y relativamente. En los últimos tiempos, incluso EE UU no es del todo soberano, en la medida que vamos por ahí pidiendo más hombres y más dinero para que nos ayuden en Irak.

Por tanto, no hay nada que perder en declarar soberana a la autoridad iraquí si ello contribuye a ganar legitimidad política en un país que busca definirse a sí mismo, que ha sido humillado, y en el que existe un alto grado de ambivalencia, dando la bienvenida por una parte al derrocamiento de Sadam Husein, como hace la mayoría, y por otra, resintiéndose de nuestra presencia y dominio.

Cuanto más pronto lo hagamos, más probable será que una autoridad iraquí bajo un paraguas internacional sea más eficaz para luchar contra el terrorismo residual y contra la oposición a los que seguimos haciendo frente. No comprenderemos lo que sucede ahora mismo en Irak haciendo comparaciones con Vietnam porque creo que

Calle 8 N° 390 La Plata Pcia. Buenos Aires

van descaminadas, y yo podría hablar extensamente de ello.

Si alguien quiere entender lo que ocurre en Irak, le sugeriría ver la película La batalla de Argel, de Giulio Pontecorvo, sobre una realidad similar a la de Bagdad. La película trata de lo que ocurrió en Argelia después de que el Ejército de Liberación Argelino fuera derrotado en el campo de batalla por el ejército francés, y de la resistencia que utilizó la violencia urbana, las bombas, los asesinatos, convirtiendo Argel en una batalla permanente que finalmente desgastó a los franceses.

No creo que nosotros vayamos a desgastarnos, pero creo que queremos entender la dinámica de la resistencia. Esto proporciona una mejor analogía para intentar resolver lo que se está convirtiendo en un desafío cada vez más doloroso y difícil para nosotros. Un reto del que podremos salir airoso si tenemos más amigos comprometidos en afrontarlo y si más iraquíes comienzan a sentirse responsables de las decisiones claves que conciernen a su país.

No convertiremos a Oriente Próximo en una zona de paz en lugar de una de violencia a menos que identifiquemos más a EE UU con la búsqueda de la paz en el conflicto palestino-israelí. El terrorismo palestino tiene que rechazarse y condenarse, sí. Aunque esto no debería traducirse en una política de apoyo a una represión brutal, a los asentamientos coloniales y a un nuevo muro. No nos engañemos. En juego está el destino de un país democrático, Israel, con cuya seguridad y bienestar EE UU ha estado comprometido durante más de medio siglo por razones históricas y morales. Pero pronto no habrá opción para una solución de dos Estados. Pronto la realidad de los asentamientos, que son fortificaciones coloniales en colinas con piscinas, construidas encima de chabolas donde no hay agua potable y donde el cincuenta por cien de la población está desempleada, no dará oportunidad a una solución de dos Estados con una muralla que corta en pedazos aún más a Cisjordania y genera más sufrimiento.

En efecto, como han señalado algunos israelíes –y subrayo que algunos israelíes son los que lo han hecho– si esto continúa, cada vez serán más las posibilidades de que Israel se parezca a la Suráfrica del apartheid: la minoría dominando a la mayoría, atrapados en un conflicto del que no hay salida. Si queremos prevenir esto, sobre todo, EE UU debe identificarse con la paz y ayudar a quienes son mayoría en Israel, aquéllos que quieren la paz y están preparados para aceptarla. Todas las encuestas de opinión demuestran el deseo que comparten casi todos los palestinos, y creo también que la mayoría de la comunidad judía de Estados Unidos, que es liberal, de mente abierta, idealista y no comprometida con represiones extremistas. EE UU como gobierno, pero también todos nosotros como ciudadanos y demócratas, tendremos pronto una oportunidad de subrayar nuestro compromiso con una solución pacífica en Oriente Próximo, porque en las próximas semanas un grupo de israelíes y palestinos va a desvelar un detallado plan de paz en el cual han estado trabajando durante meses. Es un documento de cincuenta páginas con mapas y soluciones de compromiso para todos los grandes asuntos contenciosos, soluciones que el setenta por cien de la opinión pública israelí aceptaría.

Cuándo eso suceda ¿cuál será la posición de EE UU? El primer ministro israelí, Ariel Sharon, ya lo ha condenado, algo que no ha sorprendido. Espero que nosotros decidamos no condenarla. Espero que mostremos al menos un interés positivo, y creo que muchos de nosotros como ciudadanos preocupados, deberíamos apoyarla porque si contamos con la gente que quiere la paz, al final nos moveremos hacia la paz. Pero tienen que movilizarse y para ello hay que brindarles apoyo.

Considero que una de las razones por las que ese apoyo de EE UU no se ha concretado es por cobardía política, que creo injustificada porque tengo una confianza auténtica en el buen juicio, tanto del pueblo israelí como de la comunidad judía estadounidense. v sobre todo en la preferencia de EE UU por una solución

Calle 8 Nº 390 La Plata Pcia. Buenos Aires
pacífica moderada.

Prevenir la proliferación

La tercera y última área concierne más ampliamente a una doctrina y un compromiso estratégico. Implica intentar hacer frente a la proliferación nuclear, y estamos aprendiendo que sólo podemos solucionar ese problema cuando se refiere a Irán o Corea del Norte mediante la cooperación con otras grandes potencias. Tenemos que apoyar ese esfuerzo, y si la administración se mueve en esa dirección, o si se le empuja a moverse en esa dirección, será para bien, porque no existe otra alternativa. Si intentamos resolver el problema de Corea del Norte sólo con las armas provocaremos una reacción violenta contra EE UU en Corea del Sur –y no subestimemos las crecientes tendencias antiamericanas del nacionalismo surcoreano– y aceleraremos el surgimiento de un Japón armado y nuclear y, por tanto, se creará una dinámica estratégica de rivalidad en Extremo Oriente. En el caso de Irán, también es de nuestro interés que desaparezca el despotismo teocrático. Comienza a desvanecerse. El régimen está en su fase terminal. La juventud iraní se siente cada vez más alienada. Las mujeres son cada vez más osadas y exigentes. Destaquemos la recepción que se dio a la ganadora del premio Nobel de la Paz, Shirin Ebadi, cuando regresó a Teherán. Ése es un síntoma de las cosas por venir.

Si tomamos una acción preventiva reforzaremos las peores tendencias en el régimen fundamentalista teocrático, por no hablar de la ampliación de la zona de conflicto en Oriente Próximo. Pero más allá de esto, tenemos aún otro desafío en el asunto de la doctrina estratégica y es cómo responder a las nuevas condiciones de incertidumbre sobre las ADM y la posibilidad de que con el tiempo sean accesibles para los grupos terroristas.

En este punto es importante no sumergirnos de forma precipitada en la noción tentadora de que prevendremos de modo unilateral que ocurra sobre sospechas, que es a lo que equivale la doctrina actual. La razón es que no sabemos suficiente para poder actuar de manera preventiva y con confianza. En mi opinión, esto supone sobre todo una gran lección; hay que emprender un gran esfuerzo para revitalizar y reestructurar nuestros servicios de inteligencia.

Durante cuatro años yo fui el principal canal de inteligencia para el presidente de EE UU. Teníamos una idea acertada de la naturaleza de los desafíos de seguridad que afrontábamos porque el desafío mismo estaba basado en un sistema de armas muy desarrollado tecnológicamente y científicamente. Hoy el problema es mucho más complejo. No estábamos haciendo frente a silos nucleares o a estructuras coordinadas necesarias para un ataque efectivo a la seguridad de EE UU; estructuras que podíamos descifrar y también tecnológicamente buscar, destruir o paralizar en caso de guerra. Estábamos bien informados y en algunos aspectos preparados para una guerra nuclear como no lo estamos hoy, en relación a los nuevos desafíos contra nuestra seguridad.

Estos sólo pueden afrontarse si tenemos lo que ahora nos falta: un servicio de inteligencia eficaz. Resulta increíble que cuando fuimos a Irak no sabíamos si tenían ADM. Pensábamos que las tenían basándonos en extrapolaciones. Pero eso significa también que nuestros comandantes sobre el terreno fueron al combate sin ningún conocimiento de las órdenes de batalla de las ADM iraquíes. No sabían qué unidades, brigadas o divisiones en las fuerzas armadas iraquíes estaban supuestamente equipadas y con qué tipo de esas armas. ¿Había armas químicas en los batallones o en las brigadas, o eran las unidades especiales en las diferentes divisiones las que se suponía que usaban armas químicas?

¿Y qué se puede decir de la presunta existencia de armas bacteriológicas? ¿Quién las tenía? ¿Quién tenía el derecho a disponer de ellas? ¿Qué pasó con el

Calle 8 N° 390 La Plata Pcia. Buenos Aires

supuestamente reconstituido programa nuclear? ¿En qué nivel de desarrollo estaba? ¿Dónde iban a desplegarse esas armas? El hecho es que nada de eso se sabía en relación a un país que era permeable, que no estaba aislado como la Unión Soviética. Todo ello da testimonio de defectos fundamentales en nuestra política de seguridad nacional. Si queremos liderar tenemos que asegurarnos de que otros países confíen en nosotros. Cuando hablamos, tenemos que creer que es la verdad. Ésa es la razón por la que De Gaulle dijo lo que dijo. Eso es lo que otros creían de nosotros. Ésa es la razón por la que algunos nos creyeron antes de la guerra en Irak.

No es que los noruegos o los alemanes, o quienquiera que sea, tuvieran sus propios servicios de inteligencia independientes. Nos creían, pero ya no. Para corregir esto, debemos tener una inteligencia con autoridad, en la que se pueda confiar, y si la prevención se hace necesaria, que nos pueda decir si el ataque lo es como último recurso. Ahora mismo no hay modo de saberlo.

Lo que está en cuestión, en último término, es la relación entre las exigencias de la seguridad y las tradiciones del idealismo estadounidense. Durante décadas hemos desempeñado un papel único en el mundo pues nos veían como una sociedad comprometida con ciertos ideales dispuestos a practicar en casa y defender en el exterior.

Hoy, por primera vez, nuestro compromiso con el idealismo a escala mundial se ve en discusión por un sentimiento de vulnerabilidad. Tenemos que ser cuidadosos en ese escenario para no convertirnos en egocéntricos, preocupados sólo de nosotros mismos y subordinar todo lo que sucede en el resto del mundo a un exagerado sentimiento de inseguridad. Vamos a vivir en un mundo inseguro; esto no puede evitarse. Tenemos que aprender a vivir en él con dignidad, con idealismo, con resolución.

Zbigniew Brzezinski fue asesor de seguridad nacional del presidente de Estados Unidos (1977-81). Este artículo está basado en la conferencia pronunciada en el seminario "New American strategies for security and peace" (Washington, 28 de octubre de 2003).